

Gran Bretaña LO SERIO, LO IMPORTANTE Y OTRAS DUDAS INCONFESABLES

EMILIO LOPEZ MENDEZ

DE verdad que en este país a uno se le rompen los esquemas como esos vasos de duralés que revientan inesperadamente dejándonos una leve pero incisiva sospecha del grado de estupidez a que hemos llegado. La lógica formal duramente aprendida y esa constante batalla intelectual del periodista de no perderse en la hojarasca para extraer los elementos serios —llamémosles serios, por llamarles algo— de «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa», en este caso, británica, todo eso se desmorona cuando uno comprueba que lo más impactante (perdón, académicos), aquello que ha apretado con más fuerza las fibras sensibles de los ingleses, ha sido: ¡Lady Diana, antes Spencer, ahora princesa de Gales, va a ser mamá en junio! O sea, que tras montarse un casorcio que casi pone en pie a la noqueada economía británica en julio pasado; después de un viaje marítimo con luna, con miel y con mosqueo hispano por el asunto ese de Gibraltar; así, en plan acelerado —porque no estamos para perder el tiempo—, aunque conservando la aureola virginal e inocente de niña de colegio de monjas, la Di se ha embarazado y los hogares británicos comprobaron que no sólo las viejecitas de sombreros de plumas lloraban de vez en cuando. A los que, por alguna extraña y afortunada razón, no nacimos en este país, nos vino el tic del estupor como el baile de San Vito, pero en la comisura izquierda de los labios, y todavía no se nos ha quitado. Luego, en Madrid, el jefe se cabrea: «Por favor, hombre, no me diga usted. Y la caída de la libra. Y el avance de la socialdemocracia. Quizás un artículo comparado entre los socialdemócratas de David Owen y los bisagristas de Pedro Jota. O las huelgas, esas cosas serias.»

Es cierto. La British Leyland era, hasta el real, pero feliz, anuncio, el tema de mayor preocupación. Los sindicatos habían convocado una

huelga que debía comenzar a primeros de noviembre reclamando un aumento salarial que la empresa no estaba dispuesta a conceder porque, según el capo, Sir Michael Edwardes, «no había dinero». A partir de ese momento se dispararon las amenazas, los castigos humanos y divinos, y la televisión mostró durante una semana las imágenes de un caos que abría su maloliente boca de dragón en el horizonte cercano: era como las películas de ciencia ficción, —ahora tan abundantes—, que nos enseñan un futuro tan feo, unas ciudades tan desoladas, arruinadas y peligrosas, unos seres humanos tan desencantados, demolidos, desmoralizados, frustrados, etc., que nos vienen a decir, «más vale que os quedéis en casa; para qué luchar por algo mejor; total, para llegar a esto; mejor pasar de todo y que todo pase sobre ti». Y muchos tragan.

Tal fue así, que los trabajadores de la British Leyland (ésta que hace los preciosos coches Jaguar, los Triumph, los Rover, los Mini), que primero votaron mayoritariamente a favor de la huelga, volvieron a reunirse y, por una muy reducida pero suficiente mayoría, aceptaron la oferta empresarial y regresaron al trabajo. El sindicato más radical, el Transport and General Workers Union, por boca de su secretario, Alex Kitson, advirtió: «Si la empresa está tan mal, ¿por qué el Gobierno conservador de la señora Thatcher no le concede los créditos que necesita?; ¿por qué es ese mismo Gobierno el que abre las puertas a la importación de automóviles japoneses, italianos, franceses, alemanes?; ¿por qué esas amenazas de liquidación de la empresa cuando está previsto desde hace tiempo el cierre de varias plantas de fabricación?». Pero los trabajadores de la BL, atemorizados ante el dedo acusador de la opinión llamada pública que les mostraba el desolador panorama hacia el que inevitablemente iba a conducir su acción reivindicativa, y sustituidos en las primeras planas de la Prensa por el anuncio de la principesca gestación, esos trabajadores optaron por volver

a producir en una industria incapaz, ya desde hace tiempo, de competir en el mercado internacional. Pero es igual, aunque se hunda la industria británica, la sucesión en el trono está garantizada. No hay mal que por bien no venga.

Y uno sigue dudando si lo serio es la campaña de bombas del IRA en la capital londinense y ese terror generalizado que lleva a la Special Branch del Scotland Yard a recordar que «se informe de todo joven irlandés o con acento irlandés» (imagínense si en Madrid se dice lo mismo sobre los gallegos); o ese médico, el doctor Leonard Arthur, procesado por la muerte de un niño mongólico nacido en su clínica y rechazado por sus padres, tema que ha levantado una, ciertamente seria, polémica entre partidarios de la eutanasia, críticos, moralistas y otros, y que finalmente ha sido absuelto.

De verdad, que el jefe no alcanza a comprender que la secretaria del Foreign Press Association le lance a uno, con un despacho de télex en la mano: «¿Se ha enterado?». Y uno piensa rápidamente todo lo malo que ha podido suceder, «nada, otro golpe en España; o el loco de Haig se ha lanzado, él solito, contra Moscú cabalgando un misil Trident; o la Thatcher le regala Gibraltar a Calvo Sotelo y éste no sabe qué hacer con el Peñón y se le hunde el rollo otanero...», y la chica, impasible, «frío, frío». Uno sigue exprimiendo la sesera, «ya, que, al igual que ahora se pretende en España, se nos exige que todos los corresponsales extranjeros ganemos un mínimo de 1.000 dólares al mes. Ojalá. Tampoco. Hasta que por fin, exhausto, rendido, la secretaria compasiva dice: «Lady Diana va a ser mamá». En serio, no es fácil que el jefe lo comprenda.

Después de eso, la increíble exposición de arte japonés en la Royal Academy; los éxitos de Plácido Domingo en Covent Garden; la constitución de un Consejo intergubernamental entre Gran Bretaña e Irlanda, firmado el pasado seis de noviembre



Más importante que la caída de la libra, el avance de la socialdemocracia o el problema de la British Leyland es que la princesa de Gales va a ser mamá.

algún zorro despistado. En este frío mes de noviembre, perfecto escenario para desfacer entuertos a lo John Le Carré o Graham Greene, un pulcro viejete, Leo Long, dice que él, de lo peor, que cuando era joven le contó a los rusos montones de cosas de su trabajo en la Inteligencia Militar, el MI14. Nuevamente se desgrana la mazorca del espionaje y reaparecen los queridos fantasmas de aquel grupo de aristócratas marxistas en el Cambridge de los años 30, «Los apóstoles», con Anthony Blunt, Kim Philby, Guy Burgess, Sir Dennis Proctor y otros, que más tarde serían espías y «topos» pero de éstos como es debido, o sea, de los que tratan al enemigo de usted, respetan el *afternoon tea* y beben, con moderación, vasos de JB que guardan en el cajón inferior derecho de su mesa de nogal. Auténticos caballeros del espionaje que nada tienen que ver con esa invasión de aprendices con que Washington nos riega generosamente año tras año, que hablan inglés, —por otra parte, el único idioma que saben—, con acento de chicle. Pero a España, que pocos espías ha tenido, —¿para qué?—, este asunto le resbala mayestáticamente, y el jefe no permite tales extravíos profesionales.

Cómo le voy a convencer entonces de que aquí es importante un libro que acaba de salir, titulado «Sex, the Facts, the Acts and Your Feelings», («Sexo, hechos, actos y lo que usted siente»), escrito por un profesor de sexualidad (se advierte que esta carrera, por su temática y contenido, no existe todavía en España), norteamericano, el doctor Michael Carrera, libro interesantísimo cuya lectura deja a cualquiera con el enorme peso de la duda de si lo que hemos estado haciendo hasta ahora, que tantas dificultades nos costó iniciar y con un aprendizaje harto difícil, no eran más que bobadas comparado con lo que el doctor Carrera explica en formas, métodos, posturas, horas, veces, geografía humana, una complicada pero hermosa guía que augura resultados infalibles.

Al final, lo único que le queda a uno es mandarle al jefe una copia del libro con un retrato de Lady Diana en su interior, como aquellas estampitas del Sagrado Corazón que servían para recordar la página en la novela de Lafuentestefanía de turno en nuestros años mozos. Así están las cosas, nos hemos creído que lo serio y lo importante era lo otro, y no, qué va: nos están engañando como a novicios. ■

entre la Primera inglesa, Margaret Thatcher, y el Primero irlandés, Garrett FitzGerald, (acuerdo que ha levantado airadas protestas del «traicionado» y blasfemioso reverendo Ian Paisley), todo eso, es moco de pavo comparado con el embarazo de la princesa. Incluso, esas cosas que uno se entera así, de refilón, como el inesperado viaje a Madrid de Fernando I de Erreteuve, hoy embajador plenipotenciario ante el Gobierno de

Su Graciosa Majestad, a raíz de (perdón otra vez, académicos) la dimisión de Fernando II de Erreteuve. Bueno, pues incluso eso, no tiene mucha importancia.

En esta isla lo que sí tiene importancia, —y se lo digo al jefe muchas veces—, son las periódicas cazas de espías que se organizan, parecidas a las monterías con jinetes de rojas casacas y casquete negro aterciopelado azuzando a los perros detrás de